



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La cultura iberoamericana más allá del 92

Autor: Lago Carballo, Antonio

Forma sugerida de citar: Lago, A. (1992). La cultura iberoamericana más allá del 92. *Cuadernos Americanos*, 2(32), 103-113.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 32, (marzo-abril de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA CULTURA IBEROAMERICANA MÁS ALLÁ DEL 92

Por Antonio LAGO CARBALLO  
SOCIÓLOGO ESPAÑOL

DESPUÉS DE LAS COMUNICACIONES y de las conferencias, después de las palabras dichas a lo largo de estos dos intensos días, pareciera conveniente dar la razón a Alain Rouquié cuando iniciaba, hace muy pocos años, el último capítulo de su libro *Extremo Occidente* con esta grave afirmación:

En otras épocas se acostumbraba concluir una obra sobre América Latina con encendidos pronósticos sobre su porvenir de grandeza. Hoy, el panorama del subcontinente presenta más sombras que luces, más incertidumbre que seguridad de mañanas radiantes.

Cuando se escucha a los economistas, nos abruma al recordarnos que Iberoamérica vive desde hace años sumida en una profunda crisis de la que son factores la deuda externa, el deterioro interno por la continuada inflación en algunos países, el aumento de la población afectada por la pobreza y el desempleo en casi todos, etcétera. Los datos y las cifras conocidos justifican el calificativo de "década perdida" dado al periodo de los años ochenta.

Diez años durante los cuales muchos de los países iberoamericanos han conocido procesos de transición a la democracia desde regímenes dictatoriales o autoritarios.

Desde un punto de vista político todo hacía pensar que comenzaba para Iberoamérica un nuevo capítulo de su historia, con estabilidad política y social en un sistema generalizado de democracia y libertad. Pero... al coincidir esta transición política con una honda, gravísima crisis económica, el resultado no ha sido plenamente alentador y la soñada democracia —que nunca es un fin en sí misma sino un medio— se presenta como un deficiente instrumento a la hora de brindar soluciones para resolver los grandes problemas planteados.

Frente a este incierto panorama económico y político, cuando la mirada del observador, del analista, se dirige al campo de la cultura contempla realidades —pensamiento, creación literaria y artística, folklor, artesanía...— que por su originalidad y calidad dan alas a la esperanza.

Como ha escrito el novelista Carlos Fuentes, en un artículo publicado en las vísperas de la Conferencia de Jefes de Estado celebrada en Guadalajara —julio de 1991—, en medio de los derrumbamientos de la “década perdida”: “... algo se mantuvo en pie: la cultura que, a lo largo de los siglos, hemos logrado construir juntos todos los iberoamericanos”.

Y añadía líneas después:

De sor Juana Inés de la Cruz a Pablo Neruda, de Machado de Assís a García Márquez, de Aleijadinho a Lucio Costa, los iberoamericanos hemos sido capaces de crear una cultura continua, duradera, y en ella cada uno de nosotros puede descubrirse a sí mismo y reconocer a los demás iberoamericanos.

Para ese descubrimiento personal y colectivo tiene que existir una voluntad compartida y una conciencia clara de las posibilidades de nuestras gentes y de las exigencias y altura de nuestro tiempo.

Para esa toma de conciencia se requiere un enfrentamiento lúcido con la realidad, lo que supone capacidad de análisis y de crítica. Y la realidad cultural —la que ahora y aquí nos interesa— no es solamente la que está a la vista, presente en las obras realizadas, sino la que está en potencia, la que es posibilidad de futuro.

Pero nos hemos reunido aquí precisamente no para hablar del pasado histórico ni del hoy contingente. Nos hemos reunido para preguntarnos por el futuro de la cultura de nuestros pueblos tras la conmemoración del 92. Para preguntarnos por el camino a seguir desde la actual encrucijada. Con el hermoso verso del colombiano Eduardo Carranza podríamos decir que

Vamos desde el recuerdo a la esperanza  
por el puente instantáneo del presente...

Y a esa interrogación —¿hacia dónde vamos?— es a la que tenemos que dar respuesta. Y aun podríamos redondear la pregunta añadiendo otra más: ¿hacia dónde podemos y debemos ir?

Contestando a estas preguntas, escribía hace pocos años nuestro gran humanista Pedro Laín Entralgo: “Podemos y debemos mo-

vernos hacia las realizaciones de nuestras propias posibilidades'. Y añadía:

Pienso que España como pueblo viejo y las naciones hispanoamericanas como pueblos jóvenes, todavía no hemos dado de sí —de nosotros— todo lo que podemos y debemos dar, y tengo por cierto que, en el variado acervo de lo que nos es posible, no poco puede y debe ser comúnmente realizado.

De las dos posibilidades concretas por Laín Entralgo destacadas, me gustará hablar más adelante, pues ahora quisiera fijarme en otras posibilidades, en otros objetivos que debiéramos fijarnos como tarea a emprender o a completar en el futuro inmediato.

Sea el primero de todos el que se refiere a la identidad cultural de nuestros pueblos. ¿Contribuirá el 92 a su definición global y aceptable por todos? Fernando Ainsa ha escrito que

La identidad cultural de una sociedad está formada por "algo más" que la suma de las expresiones artísticas, creencias religiosas y costumbres que la componen... La estructura de la identidad cultural es básicamente orgánica.

Si el 92 con sus conmemoraciones y congresos y *cumbres* nos dejase como único legado el consenso en torno a qué sea y cuál sea la identidad americana, todos podríamos saltar de alegría. Que nadie crea que es una empresa fácil ni que es sólo tarea para intelectuales y académicos. Para empezar nos encontramos con el problema que plantea el mismo nombre: Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina... Esto del nombre no es cuestión baladí. "El nombre forma parte de la identidad", ha sentenciado el venezolano Uslar Pietri, quien en otra página escribe: "No hay nombre neutral ni gratuito, las palabras están cargadas de sentido y de destino". El mismo autor, en su libro "Godos, insurgentes y visionarios", observa que detrás de cada una de las designaciones hay una tesis polémica y hasta una intención. Y añade:

La vacilación del nombre es parte importante de la vacilación sobre la identidad que ha caracterizado hasta hoy esa vasta parte del continente americano, y refleja y confirma la dificultad polémica de definir su identidad humana y cultural.

El que hasta ahora no haya un consenso generalizado, una aceptación unánime respecto del nombre, trae consigo que cuando un hombre de *nuestra América* recibe uno de ellos —latinoamericano,

hispanoamericano, indoamericano— “experimenta un insalvable sentimiento de mutilación”.

Sí hay, creo poder afirmarlo, una conciencia compartida de que el hombre que nace en uno de aquellos países se siente de la misma familia que los hombres nacidos en cualquiera de los pueblos de la misma estirpe. Pero ese mismo sentimiento necesita ser afirmado a través de la comunicación y del conocimiento cotidiano. En este orden de cosas sigue existiendo un notable déficit informativo que ocasiona ignorancias e incomprendiones.

Pero quisiera retomar el hilo de mi exposición en lo que se refiere a la identidad cultural y a la necesidad —y también la dificultad— de su definición. Una definición que sería ilusorio pensar que puede fijarse de una vez y para siempre. Cuando en enero de 1978 se reunió en Bogotá la Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, en las conclusiones contenidas en la denominada “Declaración de Bogotá” se afirma que la identidad cultural, “base de los pueblos”, brota de su pasado y se proyecta en su porvenir, de tal modo que “no es nunca estática sino a la vez histórica y prospectiva, por estar siempre en marcha hacia su mejora y su renovación”.

Es decir, los elementos que la integran —obras, modos, estilos de vivir— no son estáticos sino dinámicos. La identidad cultural no es algo que esté detenido en el tiempo, sino que es algo vivo y proyectado en el futuro. Y por lo mismo que se nutre de jugos vitales y plurales, tiene que superar las visiones parciales y aspirar a la afirmación de unos valores que siendo propios de los pueblos americanos posean una virtualidad universal.

Para ello, el punto de partida tendría que ser la aceptación de un pasado histórico en el que participaron distintos y decisivos ingredientes. Ese entendimiento total, esa idea asumidora de todo el pasado no siempre había sido aceptada intelectual ni vitalmente. De ahí que Leopoldo Zea pudiese escribir, hace más de veinticinco años, que mientras Europa discute su futuro, “nosotros en Hispanoamérica tenemos aún que discutir nuestro pasado”.

Buena parte de culpa de esa actitud hay que atribuirla a los historiadores decimonónicos y a sus epígonos, por la parcialidad de sus versiones. Lo vio con claridad el venezolano Picón Salas:

Los hombres de hoy no podemos mirar nuestro proceso histórico con las limitaciones y prejuicios de los historiadores del siglo XIX [y ello porque] La

historiografía hispanoamericana surgida después de las guerras de la Independencia, y prolongada en gran parte hasta nuestros días, no pudo superar una serie de prejuicios próximos.

Y es que aquellos historiadores creían que la historia de cada una de aquellas Repúblicas nacía el día de la independencia y olvidaban el pasado virreinal o colonial e ignoraban también el pasado anterior a la presencia en sus tierras de los descubridores y de los conquistadores. De ahí la expresiva lamentación de don José Vasconcelos:

Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de la independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito o con las hazañas de Bolívar, pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Atahualpa no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar.

Esa aceptación de la historia total —antes y después de 1492, antes y después de 1810— se ha ido abriendo paso, se ha ido aceptando. Pensemos que cuando en 1940 —hace medio siglo— don Pedro Henríquez Ureña escribe su magnífica “Historia de la cultura en la América Hispánica”, inicia el primer capítulo con una explicación que hoy nos parece obvia: “Treinta años atrás se habría creído innecesario, al tratar de la civilización en la América hispánica referirse a las culturas indígenas”.

Hoy es inconcebible una historia de la cultura hispanoamericana que no tenga presentes a las civilizaciones precolombinas y no sólo a las tres más grandes e importantes. Como tampoco olvidan valorar, al lado de la herencia indígena y de la herencia europea (española en los primeros tiempos, y portuguesa en lo que al Brasil se refiere), la importancia de las aportaciones humanas y culturales de los negros africanos trasplantados. Todas estas influencias se reflejaron no sólo en el fenómeno del mestizaje racial, sino en la edificación del mundo de la cultura, en una amplia y comprensiva acepción del concepto, pues también son cultura la danza y la canción, el rito y la liturgia, ya que al lado de los elementos racionales y lógicos están también los elementos mágicos. De ahí que Germán Arciniegas hay podido dedicar un capítulo de su libro “El Continente de los siete colores” a la *cua de las magias* que se dio

en el Nuevo Mundo: "la magia que llevó España, la que cultivaban los indios, la que aportaron los negros...".

Hace un minuto pronuncié una palabra clave para entender la identidad hispanoamericana: mestizaje. Sin duda alguna es el rasgo, el elemento esencial de la vida y de la cultura americanas. Y no sólo en cuanto supone cruce y fusión de sangres. Como ha escrito Uslar Pietri: "las tres culturas fundadoras se han mezclado y se mezclan en todas las formas imaginables, desde el lenguaje y la alimentación, hasta el folklore y la creación artística".

Ese mestizaje étnico y cultural es el que da vigor y singularidad a la vida americana. De ahí que deba ser considerado como una realidad vigente y no meramente inserta en el pasado histórico. El gran proceso de integración racial y social es una bandera alzada, es una gran empresa necesitada de continuación. En contra de lo que muchos creen, ese proceso de fusión de sangres desarrollado durante los primeros siglos de población y colonización se vio disminuido y amenazado tras la Independencia. Como ha escrito el antropólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen:

De hecho las comunidades indígenas eran consideradas un obstáculo para la integración nacional y, por lo tanto, una amenaza para el legítimo lugar que las élites nacionales creían ocupar entre las naciones civilizadas del mundo.

El mismo autor subraya cómo los intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX —pensemos en Sarmiento, por ejemplo— menospreciaban abiertamente a las culturas indígenas, considerándolas inferiores a la cultura dominante de la época.

Hace escasamente una semana afirmaba en Sevilla el novelista Vargas Llosa que "los sucesivos gobiernos de los países de Latinoamérica no han sido capaces de crear igualdad, por lo que la mayoría de los indígenas se encuentra en la más absoluta pobreza". Y añadía, según citaba textualmente un periódico, que

culpar de esta situación a los conquistadores es algo disparatado, ya que se trata de una realidad que se ha ido perpetuando independientemente de quienes tengan el poder. Quizás ahora sea el momento de hacer justicia histórica y conseguir que el desarrollo no signifique el sacrificio de la lengua y la tradición de los indígenas.

¿Servirá el 92 para una más plena y clara comprensión de la compleja realidad de las poblaciones indias y mestizas de nuestra América? ¿Se eliminará la marginación en que se encuentran sus

gentes tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos? ¿Se propiciarán cauces eficaces para su integración social y humana que no sean los del simple "desborde popular", tan agudamente analizado por el antropólogo Matos Mar en lo relativo al Perú?

Una y otra vez he pronunciado la palabra *integración*, una palabra que sigue siendo símbolo y resumen de los afanes y esperanzas de las mejores gentes hispanoamericanas. Una palabra que viene siendo pronunciada desde la aurora misma de la Independencia, una idea que alimentó los mejores sueños de Bolívar, quien en su *Carta de Jamaica* proclamaba: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí con el todo".

Es un noble ideal que no puede reducirse al ámbito económico o aduanero, pues eso sería empequeñecerlo. Lo que le otorga grandeza y ambición es la posibilidad de proyectarse en un nuevo modelo político y cultural a partir de una aceptación colectiva de la propia identidad, pues como ha escrito Leopoldo Zea, esta peculiar identidad "lleva, como algo natural y propio, a la integración entre los hombres y los pueblos de la región como punto de partida para una integración que ha de ser universal, y abarque a todas las expresiones de lo humano".

Es cierto que el hecho de que algunas de las iniciativas encaminadas a la integración comercial y económica no hayan alcanzado el éxito esperado podría poner sordina a la proclamación esperanzada. Pero es preciso continuar fieles al ideal integrador del que, hace cincuenta años, afirmaba Picón Salas:

es el más alto mito en que debemos creer, la aspiración que nos eleva desde nuestra posición de semicolonias de las grandes potencias industriales a la verdadera autonomía nacional. Y echar a volar ese sueño no es de ninguna manera infructuoso, crear la conciencia de semejante necesidad constituye nuestra previsión y conquista más audaz en el porvenir.

Avancemos en la construcción de esa integración que en el orden de la cultura supone, ante todo, erradicar el analfabetismo, mejorar la calidad de la enseñanza, conseguir una mayor difusión del libro, tanto literario como científico, intensificar los intercambios y exposiciones artísticas, las creaciones musicales, las ferias de artesanía... Un escritor de Quito o de Montevideo no puede ser desconocido en Buenos Aires o en México y viceversa. Tiene que haber revistas y boletines de información que pongan en relación a autores, críticos y lectores. Hay que fomentar en nuestras televisiones el

intercambio de documentales gráficos que permitan algo más que el conocimiento de los “culebrones” sentimentales o de los acontecimientos deportivos. El paisaje, los monumentos del pasado, la arquitectura de nuestros días, la música culta y la popular... de cada uno de nuestros países tienen que ser familiares a todos los que forman parte de nuestra comunidad de pueblos.

Todos y cada uno de los elementos integradores de nuestra cultura tienen que ser potenciados y ejercitados, para favorecer la realización del ideal integrador.

Ese ideal integrador —o el de la Patria Grande que inspiró a pensadores y políticos como Ugarte, Vasconcelos, Haya de la Torre...— encarnará en realidades concretas cuando los que pertenecen a cada uno de los pueblos americanos sientan como propia la afirmación de José Enrique Rodó de que “hay algo tan alto como la idea de patria, y es la idea de América como una grande e impecedera unidad, como una excelsa y máxima patria”.

Para la construcción de esa unidad existe un formidable y fundamental instrumento: la lengua común. Lo es hoy cuando es hablada por más de trescientos millones de seres, lo fue a lo largo de los siglos de historia compartida. Como en su libro *La utopía de América* escribió el gran Henríquez Ureña:

Lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma. Cada idioma lleva consigo su repertorio de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos.

También Picón Salas resalta la significación de la lengua como elemento primordial:

Por la ruptura de los imperios indígenas y la adquisición de una nueva lengua común, la América Hispana existe como unidad histórica y no se fragmentó en porciones recelosas y ferozmente cerradas entre sí. En nuestro proceso histórico la lengua española es un admirable símbolo de independencia política.

Cuando se habla de la importancia de la lengua española en América es lógico que de inmediato se piense en las prosas y versos del Inca Garcilaso o de sor Juana Inés de la Cruz, de Rubén o de Neruda, de Borges o de Octavio Paz. Quizá se piensa menos en el prodigioso milagro de una lengua aprendida por los que hasta entonces pertenecían a muy distintas culturas y modos lingüísticos,

incomunicados entre sí y que al paso de los años se comunicaron a través del vehículo de un solo idioma.

Con don Miguel de Unamuno podemos proclamar que “la sangre de mi espíritu es mi lengua” y que esa lengua común ha sido el gran fundente y motor del espíritu de aquellos pueblos. Y es que la lengua, como ha escrito certera y bellamente Laín Entralgo, es

mucho más que un instrumento para el intercambio de ideas, experiencias y deseos, como son los códigos de señales; la lengua es un hábito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla.

Y por su parte el filósofo Heidegger llamó a la palabra “morada del ser”, y en efecto una morada fraternalmente compartida nos proporciona la palabra, el idioma, cuando es tan nuestro como de quien escucha. De ahí que el profesor Laín Entralgo se pregunte:

¿Por qué no ver el “hacia dónde” de nuestro caminar histórico como el empeño de hermosear y ampliar en todos los sentidos, no sólo en el idiomático, la espléndida casa solariega que nuestro idioma nos ofrece?

Un idioma del que todos los hispanoparlantes tenemos el derecho de propiedad, pues como escribía en 1911 don Miguel de Unamuno en un periódico de Buenos Aires:

La cuestión es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho a influir en el proceso de la lengua común española, tanto como los españoles mismos; que no reconozcan en esto patronato alguno de heredad; que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes.

¿Por qué no pensar, soñar si queréis, que tras el 92 se afiance y consolide el propósito de contribuir entre todos al enriquecimiento del común patrimonio idiomático? Pocas empresas hay tan llenas de sentido y de atractivo como la de velar por la pureza, limpieza y riqueza de nuestro idioma, elemento esencial de nuestra identidad cultural. Como escribió el gran humanista Alfonso Reyes: “Cuando se desvirtúan las lenguas, se desvirtúan los pueblos. Sostenerlas en su vigor es sostener el progreso de lo humano sobre la naturaleza animal”.

Es preciso terminar, pero no quisiera finalizar esta exposición sin retomar el hilo de la referencia a las dos posibilidades apuntadas

por Laín Entralgo. De una de ellas —el idioma— mucho más cabría hablar, pero se hace preciso que centremos nuestra atención en el otro gran objetivo por él propuesto: el fomento en nuestros países del pensamiento racional, de la ciencia y de la técnica para alcanzar el nivel exigible a cuantos en la víspera del siglo **xxi** aspiren a existir con eficacia en la historia universal.

Y añadía Laín esta puntualización:

Siempre, pero mucho más en nuestros días, este dilema se alza, invisible, ante los pueblos: o actualización, o sumisión; porque en los más diversos modos, el económico, el militar, el cultural, el político, la sumisión es el destino de los que no saben actualizarse con eficacia. Vivir en la libertad y en la justicia de un modo coherente con lo mejor de nuestra ética tradicional; tal es, me atrevo a creer, un sentir común de casi todos nosotros. Pero esa razonable aspiración, ¿podría ser alcanzada si la ciencia, la técnica y la organización racional de la vida colectiva no fuesen entre nosotros actuales y eficaces? He aquí una posibilidad común, he aquí un deber cuyo cumplimiento puede y debe ser empresa compartida.

Pocas palabras cabe añadir a éstas, tan precisas y esclarecedoras, de nuestro pensador. Se trata de una ambiciosa e inaplazable empresa, incluida, como no podía ser menos, en los objetivos marcados en la *Declaración de Guadalajara*. Para alcanzarla se requiere una especie de movilización general de los espíritus, de una vigorosa voluntad cívica e intelectual.

Por supuesto, también son necesarios recursos económicos, hoy tan escasos, pero no tanto si nuestros países se decidiesen a aplicar en el campo de la educación y de la investigación buena parte del dinero que gastan en armamento superfluo. Si hubiese programas atractivos en este orden de cosas, quizá se conseguiría evitar, en parte, lo que constituye una de las más graves sangrías para nuestros pueblos: el éxodo de jóvenes con vocación científica.

Pocas palabras ya. Soy consciente de que el panorama de posibilidades y quehaceres que he trazado es incompleto y que, quizá, he puesto el acento en aspectos menos interesantes que en otros apenas esbozados. Quienes me escuchan pueden y deben completar mi exposición, que no quisiera concluir sin aludir a quienes deben ser los actores, los protagonistas de estas tareas. Por supuesto que lo deben ser quienes tienen responsabilidades de gobierno, poderes de decisión, los que por su vocación de claridad intelectual están obligados a pensar con rigor y hondura; pero también de esta ambiciosa empresa tiene que sentirse protagonista nuestro pueblo.

Sólo si hay una voluntad colectiva podrá afirmarse la personalidad de nuestra América en esta hora del mundo, una afirmación de su personalidad en el orden económico, político, cultural, humano. La inteligencia americana tiene derecho a ser escuchada y tiene el deber de decir su propia y original palabra.

Pues bien, ¿conseguirán las conmemoraciones, congresos y fiestas que se celebren en nuestros países a lo largo del próximo año elevar el nivel de conocimiento e interés por el presente y el futuro de nuestra América? ¿Seremos capaces de transmitir a los jóvenes las razones y fundamentos que existen para creer en América como realidad de presente y de futuro? Hablo de los jóvenes hispanoamericanos y hablo, en primer lugar, de los jóvenes españoles.

Hace setenta años, y glosando una noble afirmación de Ortega y Gasset —“América es el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida”—, escribía el mexicano universal, Alfonso Reyes:

Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su “conciencia española”, así España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas. A manera de ejercicios espirituales, al americano debiera imponerse la meditación metódica de las cosas de España, y al español la de las cosas de América.

Y concluía su exhortación con estas palabras:

Concibo la educación de un joven español que se acostumbrara a adquirir todos los meses algún conocimiento nuevo sobre América, por modesto que fuese. Hay que acostumbrar al español a que tenga siempre una ventana abierta hacia América.

Amigos: que la conmemoración del Descubrimiento, que la celebración de nuevos encuentros, traiga como fruto miles, millones de ventanas abiertas desde las que americanos y españoles miremos, con esperanza, hacia el futuro.